

UNION AGRARIA

A los labradores de Fuentes,
tan entusiastas de la Asociación.

Sería deliberadamente cerrar los ojos ante la luz y negar la realidad, desconocer que la clase agraria va despertando, aunque demasiado lentamente, de su inercia secular; lee mucho más que antes y sabe distinguir perfectamente las campañas interesadas de políticos y de la prensa que les sigue, cuando toman la defensa del campo como escabel de sus propias ambiciones; se constituyen en muchos sitios potentes organizaciones agrícolas que pesan políticamente y en ocasiones hasta ponen en peligro las oligarquías actuales, pero ¿cuánto queda por recorrer!

El labrador, hay que decirlo crudamente, posee un índice de cultura y de espíritu de sociabilidad inferior al de cualquier clase social. Suele conformarse con vender el voto por unas pesetas dadas por elector o por cada pueblo, como suma alzada a distribuir después, o se limita a apoyar al diputado por algún saludo afectuoso que recibe del mismo o el Juzgado municipal que logre para sí o para algún amigo o algún destino o licencia trimestral para el recluta. Y, en tanto, sabiendo el labrador que vive de la tierra, que mientras las demás clases sociales han aumentado su bienestar, él mora en una zahurda y come con sobriedad espartana, siendo el que sustenta a la Nación, no se asocia, no busca el contacto con nadie y deja malbaratar la hacienda patria en manos corrompidas o ineptas.

Hay que recordar el hecho de cualquier elección de senadores. Vienen de cada pueblo no solo el compromisario, sino dos o tres para acompañarle y que no se descarrille. En cambio, se convoca a una Asamblea agraria: se reúnen cuatro docenas de personas y, de ellas, el 90 por 100 esperando y pidiendo que hablen los diputados para pasarse y no decir ellos pte. Así los agricultores no irán a ningún lado. Si no fuera cruel habría que decir merecen la triste suerte que corren. Causa asombro que las organizaciones sindicalistas hayan podido reunir y cotizar millones de pesetas y, en cambio, los agrarios, que son el 70 por 100 de la nación y que tienen la propiedad, no disponen en cada provincia de una Asociación que pudiera manejar un millón de pesetas para lo que fuera preciso.

La agricultura crea los objetos más necesarios para la vida. Sin ella—el caso de Rusia lo prueba—la ruina, el caos y el hambre son las secuelas inexorables. Ella da las primeras materias cuya transformación tantos sufrimientos evita a la humanidad. No hay aumento de prosperidad social sin que tenga por base el desarrollo de la agricultura. Por ello, no se explica que, por ejemplo, en Cuenca, con 288 Ayuntamientos no pueda constituirse en cada uno—hoy mejor que mañana—una Junta Agraria, que admita como socios a todos los labradores del pueblo, que esas Juntas de los pueblos se reúnan en una Asamblea y después se constituya la Unión Agraria provincial. No sería difícil reunir 10.000 asociados. No sería un milagro reunir anualmente 100.000 pesetas de ingresos. Y con esa cantidad podrían crearse cajas de ahorro; almacenes cooperativos; servicios de información agrícola, siguiendo el movimiento del mercado; granjas y mil cosas más.

Y después esa Unión Agraria conseguiría constituir una presión para los políticos: les marcaría el camino... y si no lo seguían peor para ellos. Para esto es preciso que en cada labrador se crève con pu-

reza y con reflexión la conciencia ciudadana y de clase; es necesario que el agrario conozca que sólo con sublimar su conducta y con su apartamiento de los políticos podrá exigir y pedir con autoridad y que solo uniéndose evitará la ruina propia, la de sus hijos y salvará, en definitiva, a España, pues si la Agricultura castellana muere ¡ay de todos nosotros!

Son, pues, precisas energías y actividades en cada pueblo. Los Ayuntamientos o los contribuyentes, aunque sea en la forma balbuciente de todas las empresas nuevas, deben constituir las Juntas agrarias locales, sin espíritu de bandería, con amplia tolerancia y con la vista puesta en la situación actual del labriego, al que se le van a exigir tributos brutales, sin que los productos den siquiera para cubrir los gastos de cultivo.

César Huerta.

LOS POETAS

LO INSONDABLE

I
Quise escrutar el seno de los mares y descendí, como atrevido buzo, atravesando sus azules aguas, hasta el lecho de arenas y pedruscos, en que viven las algas y las perlas y en que guarda Neptuno los tesoros robados a las naves, que, perdido su rumbo hallaron en el líquido elemento su desastroso fin y su sepulcro.

II
Quise escrutar el infinito espacio y en libro globo, que gentil se eleva, pude llegar al cerro de las nubes donde la tempestad el rayo engendra, cruzar la cima de los altos montes ver a mis pies la tierra y el remoto horizonte confundidas la gran ciudad y la florida vega.

III
Quise escrutar el fondo de tu alma conocer de tu vida los misterios, y en vano mi mirada inquisitiva pretendió investigar tus pensamientos, pues las azules niñas de tus ojos guardan más sus secretos que las azules aguas de los mares y las azules ondas de los cielos.

EMILIO CATARINHU

VERSOS

I
¡Ansia de llorar, sin llanto, quietud de niebla, sin lluvia, sombras de día, sin luz, más triste que noche oscura! Niebla de llanto, mi alma en triste neblina envuelve... ¡Mejor que la noche, el sueño; mejor que el sueño, la muerte!

II
¡Mañana siempre soñado, mañana que nunca llega! Eres ayer cuando pasas y eres hoy cuando te acercas... ¡Esperanzas o recuerdos, nunca realidades ciertas!

III
Ruseñor solitario en el bosque, con sus propios trinos fingió compañera; y con trinos agudos y graves, amores pregunta y amores contesta.

IV
Por la calle bulliciosa hombres y mujeres pasan; y por un rostro en que animan alegrías y esperanzas, cuántos vivientes espectros, en cuya faz demacrada va escrito con honda huella el capítulo de un alma!

JACOBO BARRERA

COMENTARIOS

LOS NIÑOS RUSOS

Son niños inocentes y mueren; son niños, y mueren de hambre.

Si no se les socorre, morirán cinco millones. Vosotros habéis visto a estos niños representados en la fotografía cruel: descarnados, inertes, mudos, implorando con la mirada casi apagada un bocado de alimento.

Si no socorréis a estos pobres niños, esa imagen que habéis visto os perseguirá como un remordimiento todo el resto de vuestra vida, y os hará reflexionar; yo lo he visto agonizante y me he separado de él y él ha muerto.

Donad para los niños de las ma-

dres que han muerto de hambre, o que van a morir, teniéndolos en sus brazos. Un débil aliento los sostiene todavía.

Donadles, donadles pronto un poco de pan.
¡Y que se animen y que vivan!

ANATOLE FRANCE.



HERNANDOS
BRAGUERO ESPAÑA
de D. J. Campos
Médico Ortopédico
30 pesetas
Lo mejor conocido.
En Cuenca: Droguería San Julián
Calle del Agua, 22.
En Madrid: Augusto Figueroa, 8.



MELILLA.—Las damas enfermeras y autoridades ofrecen un pergamino a la duquesa de la Victoria



El kald Ben-Che-Lal, recientemente sometido con otros caídos, entrega al coronel Riquelme cartas y alhajas que le confiaron los prisioneros

LA GRAN GUERRA POR DENTRO

Historia de los Bertas

El comandante Kintzel, de la marina de guerra alemana, ha publicado un libro donde se hacen curiosas revelaciones acerca de la gran guerra universal. Una de esas revelaciones se refiere a los Bertas, a los cañones monstruos que bombardearon París desde una distancia de más de veinte leguas.

En la primavera de 1916, Ludendorff, verdadero generalísimo del ejército alemán, recibió en su cuartel general la visita de un marino que prestaba sus servicios en el almirantazgo germánico. Y este marino le dijo sin otro preámbulo: —Vengo a someterle un plan de seguros resultados.

Ludendorff le miró de hito en hito.

—Un plan naval?

—No. No es un plan naval. Se trata de lo que sigue: Varios compañeros y yo hemos imaginado un cañón enorme, monstruoso, de un alcance tal que permita...

—Bombardear la costa inglesa desde la belga?

—No. Bombardear París desde nuestras líneas.

Ludendorff se quedó perplejo.

—Y han resuelto ustedes las dificultades técnicas?

—Sí.

—¿Qué alcance dice usted que tendrá ese cañón?

—Noventa kilómetros.

Ludendorff era hombre de decisiones rápidas.

—Vean a los directores de Krup.

—No. Primero hay que decidir acerca de un extremo importante.

—¿Un extremo importante?

—Sí. Queremos ser nosotros los que lo hagamos todo, fundición, calibración, transporte, montaje...

—Muy bien. Así será.

Nueve meses más tarde, el cañón tipo estaba casi terminado, cuando sus inventores, que vivían en Essen, recibieron un despacho de Ludendorff. La pieza debía tener, no un alcance de 90 kilómetros, sino de 120.

Los inventores pusieron el grito en el cielo. Uno de ellos exclamaba:

—Es como si se dijera a un atleta que acaba de saltar un muro de dos metros: «¡Salte ahora ese otro muro de dos metros y medio!»

El Estado Mayor de la marina declaró que era imposible hacer lo que Ludendorff quería. Ludendorff le mandó a paseo y ordenó a los inventores que fueran a verle al cuartel general.

La entrevista fué borrascosa.

—No se puede, Excelencia,—le dijeron categóricamente.—Es imposible.

—Nada hay imposible para el genio alemán. El cañón tendrá un

alcance de 120 kilómetros. Yo lo quiero.

—¡Pero Excelencia!...

—Yo lo quiero. Vuelvan a Essen y pónganse a trabajar de nuevo.

Obedecieron. Regresaron a Essen y rehicieron sus cálculos. Y después de muchos tanteos, lograron dar cima a la obra. Y telegrafaron a Ludendorff: «Lo imposible está hecho.» Ludendorff respondió: «Ya lo esperaba.»

Acordóse ensayar el cañón en el mar. El Berta núm. 1 fué llevado a Bélgica. Se le cargó. Se hizo un disparo. Dos hidroaviones observaron el sitio donde cayó el proyectil. Este tardó tres minutos en recorrer noventa kilómetros.

«Noventa kilómetros!... No había sido logrado lo imposible. Los inventores se miraron consternados. ¿Qué diría Ludendorff? Estaban deshonrados ante sus ojos.

Se obstinaron. Cambiaron la carga del proyectil. Modificaron éste. Y algunas semanas después, realizaron un segundo ensayo.

Tuvo éxito. La gigantesca bala de cañón cayó en el mar a 120 kilómetros de la orilla.

Fueron fundidas tres Bertas, dos para la batería encargada del bombardeo de París y otra para reemplazar a la que se inutilizó primeramente. La instalación del monstruoso ingenio fué larga y complicada. Fueron tendidas líneas especiales de ferrocarril, abiertas cuevas muy profundas para los artilleros y las municiones, montados aparatos que ocultaran a la aviación enemiga las llamas del espantoso disparo... Por fin, en marzo de 1918 dos Bertas quedaron puestos en batería en una selva cercana a Laon...

—¡Admirable!—dijo Ludendorff cuando lo supo.—Contribuirá al efecto moral de la ofensiva a fondo que ha de decidir la guerra!...

Kintzel, que fué uno de los inventores, dice en su libro melancólicamente:

«Jamás se llegó tan lejos en la ciencia de la artillería. ¿Cómo no hemos ganado la guerra? Los militares cumplimos nuestro deber con exceso. Hicimos lo que parecía increíble y absurdo. Nos superamos a nosotros mismos. Pero el pueblo se acobardó. El pueblo no resistió, y nos han vencido...»

«Siempre la misma queja! ¡Siempre la misma excusa!... Ellos no se equivocaron. Eran infalibles. Fué la nación la culpable del desastre.

«La nación! Esos técnicos y profesionales olvidan que Bismarck habló ya de los imponderables que dan y quitan las victorias...»

Fabian Vidal.

Crónica de Sucesos

Estafa.—En el pueblo de Jabalera, dos gitanos que dijeron llamarse Feliciano y Lucia, cuya certeza de nombres y apellidos se desconoce, por medios engañosos se apropiaron de 850 pesetas propiedad de la vecina de este pueblo, Cesárea Dorado Quirós, que ésta les entregó creyendo en las manifestaciones de aquéllas, de que librarían a su hijo del servicio militar, y las que una vez realizado el hecho y después de aconsejar a la Cesárea no dijese nada a nadie, salieron del pueblo con dirección al de Buendía.

Debido a las gestiones de la Guardia civil, se encuentran detenidas en la Cárcel preventiva de Huete como presuntos autores, los gitanos Antonio Mojos, Joaquina Muñoz, Isabel Santiago, Eugenia Romero y Juana de la Cruz.

Muerte.—En el pueblo de Tribalados, varios mozos y entre ellos los cuatro quintos del actual reemplazo, llevaban corriendo un carrito por la Calle del Jardín en la que se encontraba Justo Lirio Rodríguez, que no se hallaba bien de sus facultades mentales.
